

## **La partícula de la perla.** (3.996 palabras)

“Entonces, el niño se levantó, besó en la frente a su anciano mentor y mirando al cielo, sonrió. Tendió la mano al viejo maestro y le indicó que le siguiera. La nave, llena de luces de colores como un carrusel de antaño, les esperaba. Ambos entraron dentro y la plateada puerta se cerró. Con un suave zumbido, el vehículo espacial levantó el vuelo y se encaminó al espacio. ¿Hasta dónde llegarían? Eso ahora no importaba. El viaje en sí ya merecía la pena. El anciano miró por última vez su planeta. Sintió la mano de su pupilo en el hombro. “Esto sólo es el principio” le dijo con juvenil afecto. “Todo es gracias a ti, que me enseñaste a ver más allá del horizonte”. El viejo maestro no pudo reprimir una lágrima de alegría mientras veía alejarse su mundo de origen.

Fin”

Elia cerró el cuaderno. Los ancianos de la residencia donde trabajaba la miraron durante un largo momento.

-¡¡Vaya estupidez sentimental!! –Arremetió el señor Roberto dejando ver su malpegada dentadura– Cuando dijiste que nos ibas a contar una historia de ciencia ficción, yo pensaba que iba a ser de guerra y aventuras en el espacio. ¡Y vas y nos cuentas esta idiotez de navecitas y maestros! Al menos esperaba alguna explosión al final y que murieran esos dos rollos, pero nada de nada. ¡Me has hecho perder el tiempo y eso es algo que no me sobra!

-No seas cascarrabias, Roberto. –Argumentó el señor Olaf desde su silla de ruedas, y dirigiéndose a Elia continuó- Ha sido una historia muy bonita, hija. No hagas caso a este cascarrabias.

-¿Cascarrabias? ¿Yo? –Contestó airado el señor Roberto- Porque estás en silla de ruedas que si no...

-Que si no... ¿Qué? Perro ladrador,... Pero si le ha gustado hasta a Úrsula. –se defendió Olaf señalando a Úrsula, sentada en el sofá con una manta sobre sus piernas. La anciana mujer estaba haciendo suaves movimientos en el aire con sus delicadas manos, como si cazara moscas.

-Esa no sabe ni qué día es hoy. -Masculló el señor Roberto como si escupiera las palabras - Pero no te preocupes Olaf, que lo de ella nos llegará a todos; y cuando me pase a mí, tendré la suerte de no reconocerte, ni a ti, ni a tus tonterías.

-No hagas caso a este limón amargado, Elia. Úrsula te ha escuchado y le ha gustado. ¿A que sí, Úrsula?

La anciana salió de su ensimismamiento y dedicó una afable sonrisa a Elia.

-Habla poco, pero no lo necesita. Te ha dado el visto bueno, y eso es mucho más de lo que les dedica a muchas personas.

-Gracias, Olaf. Yo sólo lo hacía para que pasasen el rato. –Comentó Elia levantándose de la silla.

-Ya, y porque no podemos escaparnos a otro sitio. Yo, porque esta maldita artritis del demonio no me deja moverme, éste porque está anclado a su silla y la otra porque está en su mundo alelada. ¡Bravo, bravo! ¡Lo has conseguido! Eres una escritora prodigiosa,... y ahora que has escuchado la mentira que deseabas oír, ¿puedes evitarnos padecer otra de esas aberraciones literarias? Gracias.

-Mira que eres desagradable, Roberto. Elia solo...

-No hace falta que me defienda, Olaf. El señor Roberto ya lo ha dicho todo.

-De eso nada, si lo hubiera dicho todo, saldrías de la habitación llorando.

-¡Ya está bien de malos modos! ¡Discúlpate con ella! –saltó Olaf muy ofendido.

-O si no ¿qué? ¿Me atropellarás con tu bólido?

-¿Mi bólido? ¡Maldito carcamal!

En ese momento, hizo acto de presencia Mar, la supervisora y mano derecha de Rafael, director de la residencia. Todos guardaron silencio.

-Señorita Elia, ¿Puede venir un momento conmigo al despacho? –llamó con su tono monocorde de locución de supermercado. Elia sabía que iba a pasar algo, y no se equivocaba.

-¡Que sea la última vez que haces esto, Elia! –Amonestó la supervisora con el tacto de una motocicleta pasando por un velatorio. La voz reverberó dentro del despacho.- Deja ya de soliviantarme al personal. Esos viejos vienen aquí a descansar, a estarse quietecitos, sin molestar. Sus familias pagan generosas cantidades para que nosotros les cuidemos y ellos puedan continuar sus vidas normalmente.

-Pero... -Interrumpió Elia sabiendo que se tendría que haberse mordido la lengua.

-Ni pero, ni nada. Esto es un negocio. Nuestros clientes pagan por su tranquilidad. Y lo que menos queremos es que les llegue alguna queja por parte de nuestros “venerables” ancianos. Ninguna queja, ¿me oyes? Tolerancia cero. Así que haz sólo tu trabajo y ya está. Nada de cuentos. Tu trabajo y punto. ¿Entendido?

Elia asintió mirando sumisamente a su superiora. Necesitaba el trabajo y por eso había entrado en esta institución. Era el único lugar en el que la habían aceptado sin experiencia; y tenía suerte porque, como bien le había dicho Don Rafael, el director de la residencia de mayores..., “si daba una patada al suelo, saldrían mil enfermeras como ella a comer de su mano”.

-Bien. Puedes marcharte. Espero que no se repita. -terminó Mar, indicando que se fuera con un aletear cansado de su mano.

Elia salió del despacho y pensó que si pudiera irse a otro sitio, lo haría sin dudarlo, pero sólo tenía este trabajo. Nada más,... bueno, eso y sus cuentos. Siempre le había gustado escribir. En sus relatos podía dirigir su pequeño mundo perfecto sin injerencias, sin prisas, contando historias como las que le gustaba leer. Ojalá pudiera vivir de sus historias. Sería la persona más feliz del mundo.

De camino a casa, mirando por la ventana en el cercano, pensó en su situación. Se estaba haciendo inaguantable. ¿Cómo solucionarlo? Empezó a sopesar algunas ideas, como llamar a alguna de sus amigas de la residencia para saber de otros sitios donde trabajar. Pero todo se difuminó cuando las ideas de nuevas historias empezaron a acudir a su mente, llevándola a su mundo de maravillas, olvidando los problemas del mundo real.

Cuando llegó al hogar la esperaba una pequeña jugada del destino. Sus padres habían salido y, al buscar un periódico gratuito para leer mientras se tomaba un tazón con cereales de chocolate, se encontró con la carta.

Iba dirigida a su padre y era del hospital: una cita para oncología. Lo que había temido durante tanto tiempo se estaba volviendo realidad. Ella lo sospechaba, pero no

quería creérselo -se negaba a creerlo-, pero ese tipo de cánceres son de los rápidos y sin cura.

Cuando vinieron sus padres, Elia no quiso dar a conocer su descubrimiento, en parte por miedo, en parte por la creencia leída en algún artículo de que cuanto menos gente sabe una cosa -o al menos no la manifiesta-, menos posibilidades hay de que se cumpla; como la observación de un fenómeno cuántico que afecta al propio fenómeno. La estrategia del avestruz. Ojos que no ven...

La cena fue como otras muchas, con sus charlas intrascendentes. Papá comentó sus proyectos de vacaciones y Mamá ponía los pros y los contras, pero ningún comentario sobre la temida "C". ¿Ya lo sabían? ¿Acaso no querían preocuparla? Muchas preguntas y ninguna respuesta. Elia deseó no haber visto la citación. Pensó en una realidad paralela en la que no la hubiera encontrado y envidió la ignorancia de la Elia alterna. Cuando notó que las lágrimas bordeaban sus párpados, se excusó para irse a la cama alegando el cansancio de la jornada. En la cama, en la oscuridad de ese verano especialmente caluroso, no pudo conciliar el sueño, atormentada por agoreras ideas.

Vivir sin su padre. No podía imaginarlo -no quería imaginarlo-, ni tampoco el dolor que sufriría él con la quimio, la congoja de ver cómo se le escapaba la vida hasta convertirse en una sombra que desaparecería sin dejar huella.

Al día siguiente, con el cansancio de no haber descansado en el duermevela de esa noche, evitó encontrarse con sus padres para desayunar. No estaba preparada para verlos. Salió -escapó-, por la puerta. Al menos el trabajo la mantendría entretenida. Ahora ya no le parecía tan horrible. Cuestión de puntos de vista. Las circunstancias ponen todo en su lugar.

-Hoy te toca cuidar a Úrsula. –dijo Mar con su monocorde voz, nada más verla llegar a planta, endosándole un informe garabateado con la letra usualmente ilegible del médico de guardia- Ha sufrido un ataque esta noche.

Elia cogió el papel y se dirigió a la habitación de Úrsula. La anciana estaba tumbada en la cama, conectada a un monitor que controlaba sus constantes vitales y con un frasco de suero unido por una vía a su escuálido brazo. Con el brazo libre continuaba con su caza de moscas virtuales.

-Buenos días, Úrsula. ¿Qué tal vamos? –saludó, mientras miraba la pantalla con el fluctuar de las mediciones.

Úrsula paró de mover su manita y sonrió cansada tras sus gruesas gafas. Al verla, Elia recordó a su padre y las lágrimas contenidas fluyeron por su cara.

-Perdone, perdone, es que no sé qué me pasa. -Se disculpó, intentando secar su cara con el antebrazo.

La anciana levantó su brazo, tocó la mano de Elia y todo se transformó. La enfermera sintió un momentáneo vértigo y, de repente, se encontró en otro lugar, en un espacio blanco, ingravido.

-Siento las molestias del viaje, pero era la mejor manera de comunicarme contigo. –Escuchó detrás de ella. Al volverse vio a Úrsula, pero no era la Úrsula que conocía. Era otra con un rostro más joven, pero igual de apacible. Estaba de pie y tenía un vestido oscuro con puntos de colores brillantes con figuras caleidoscópicas que cambiaban al moverse.

-¿Úrsula? ¿Dónde... dónde estamos? -Preguntó Elia, asombrada de no tener miedo.

-Estamos en un lugar de mi mente. Un lugar donde puedo mostrarte las cosas mejor que con palabras.

-¿Es un sueño?

-¿Acaso no todo es sueño antes de ser real? Bueno, en parte sí, pero es un sueño soñado hace millones de años. En un lugar muy lejano de este maravilloso universo. - contestó Úrsula realizando un giro suave con su mano, como los que hacía en la residencia, haciendo aparecer una visión del lugar del que hablaba: Un mundo azulado como nuestra tierra pero más pequeño y con ribetes de verde salpicando aquí y allí. La vista se fue acercando a la superficie hasta llegar a una ciudad hermosa donde naturaleza y arquitectura habían logrado la perfecta simbiosis. Podía respirarse un fresco dulzor frutal, y una melodía inspiradora desgranaba sus notas metiéndose en la cabeza, arrullando e inspirando sentimientos de plenitud.

-Esto es, por ponerle un nombre que puedas oír, Ishi, cuna de la sabia civilización de los Kroecaw, que llegaron a vivir en armonía con su planeta y con el resto de su sistema binario. Su mayor placer era la búsqueda del conocimiento, y por eso cultivaban la pasión del aprendiz, del niño en su primera clase con el maestro adecuado. Nunca dejaban que su juicio fuera oscurecido por el orgullo y la soberbia que podía anclarles a creencias erróneas y que les evitaba volar a buscar respuestas. Respuestas que generaban más preguntas para su alegría y gloria.

Elia podía ver –sentir, gozar- todo lo que Úrsula le mostraba. De alguna manera extraña se sentía en casa, en un lugar donde el sentido de lo maravilloso impregnaba cada acto y acción.

-Fíjate en Niktoprok, el sabio-sabia que tuvo una inspiración. –Señalo Úrsula, mostrándole un ser que parecía un anciano de larga barba.

-Se parece a mi abuelo. -Exclamó Elia sorprendida.

-Así lo ves tú, otros lo ven como un venerable insecto y otros como una masa de energía con tentáculos chispeantes. Los Kroecaw tienen muchos rostros, tantos como mundos, y cada uno los ve con el ojo del corazón; y ese nunca engaña, Elia, nunca.

-Pues yo lo veo como mi abuelo. Le quería mucho. Fue el primero que me dejó libros. Tenía una gran biblioteca y me dijo ¿por dónde quieres empezar?

-Todos los Kroecaw hacían eso cuando contactaban con otros mundos. Disfrutaban enseñando y compartiendo. Pero cuanto más sabes, más te das cuenta de que menos sabes y menos conoces. Lo peor de todo es que no quieres perder lo que has aprendido. Ese es el verdadero tesoro, y no las piedras brillantes que llaman la atención de los cuervos. Entonces Niktoprok tuvo la inspiración.

-¿Cuál fue?

-Se dio cuenta de que los Kroecaw estaban en un redil, en un redil enorme, gigantesco, nebuloso, pero en el fondo en un redil, con unas fronteras que el tiempo y el espacio no les dejaban alcanzar. ¿Y fuera? ¿Qué habría fuera del redil? ¿Otras civilizaciones como las conocidas u otras nuevas llenas de inimaginables formas? Eso le daba ánimos, pues era el tipo de preguntas que gustaban, esas que les hacían sentirse niños; pero le daba pena, una pena primigenia, pues su tecnología actual les impedía llegar más allá de esas inalcanzables fronteras estelares. Y luego vino un pensamiento brutal que golpeó su mente: ¿Y si algo les pasase a los Kroecaw? ¿Y si una catástrofe repentina los borrara del universo? ¿Qué pasaría con su conocimiento, su mayor tesoro? ¿Desaparecería sin llegar a salir del redil galáctico? Nadie sabría nada de ellos, borrados del universo. Sólo quedaría polvo de estrellas. Dándose cuenta de esto,



Niktoprok concibió un plan para salvar el saber de toda su civilización. Y por eso estoy aquí, soy parte de su plan.

Elia miró a Úrsula y vio cómo la amable dama se expandía como hebras de energía y detrás de ella, miles, millones de naves salían del planeta Ishi rumbo al universo.

- Niktoprok nos creó como naves arcas, mensajes en la botella lanzados a las mareas del espacio, un regalo con destinatario desconocido. Buscando, persiguiendo el sueño de esas civilizaciones que los Kroecaw nunca conocerían y mostrándoles su cultura. Y no solo eso, uniendo también a este conocimiento el de las culturas que fuéramos conociendo. Y así, con algo tan pequeño como la partícula de la perla, esa pequeña anomalía que hace que la ostra reaccione creando algo tan bello por acumulación de capas, uniríamos a todo el universo, diseminando conocimiento al resto de las civilizaciones que encontráramos en nuestros viajes. Mis hermanos-hermanas encontrarán otros planetas distintos a los míos y yo me alegraré, porque tal vez algún día nos reunamos y compartamos todo lo que escribimos.

-Ahora me doy cuenta. -se sorprendió Elia dándose cuenta- No cazabas moscas imaginarias. Estabas...

-Exacto. -Siguió Úrsula- Estaba escribiendo la historia de vuestro planeta y uniéndola a la de los Kroecaw y a la del resto de las civilizaciones por las que he pasado.

-Hay algo que no entiendo. ¿Por qué te haces pasar por una anciana?

-Para saber las cosas, hay que vivirlas. Soy una matriz energética que sabe que hay que ser gota cuando entras en el agua y romano cuando vas a Roma. Cloné un

cuerpo y me introduje en él. He visto de primera mano lo que necesito saber, durante ochenta y ocho años de vida. He vivido y sentido como niña, como mujer y como anciana. Cada edad tiene un valor que las demás no tienen. Un punto de vista que acerca o aleja cada acontecimiento, dándole la adecuada dimensión para verlo en toda su magnitud.

-Pues vaya ejemplo hemos debido darte con tantas guerras, conflictos, corrupción...

-Y arte, amor, ideas revolucionarias, música, cultura y muchas cosas más. Todo cuenta, forma parte del camino. Además, ya sabes que de la basura salen los mejores frutos. Toda civilización debe sufrir los dolores del crecimiento. Eso es lo que le hace apreciar y desear ir más allá. Cuando llegamos a cada nueva civilización tomamos nuestras precauciones. No vamos a dar una cuchilla a un bebé ni un tren cohete a un niño. Todo tiene su momento y cuando este llega, el conocimiento se disfruta sin peligro y sin miedo.

-Y nosotros, la raza humana...

-Sabes la respuesta. Ni cuchilla ni mucho menos tren cohete. De momento...

Elia bajó la cabeza, avergonzada por pertenecer a una especie que primaba la cuenta de beneficios de una multinacional antes que dejar de contaminar un vergel para extraer materias primas y esquilmarlo hasta la muerte.

-No quiero pecar de ingenua ni optimista, pero ¿crees que alguna vez estaremos preparados?

.-Depende de vuestra evolución. Hay pruebas que hay que pasar y sabemos que eso requiere algo de ayuda.

-¿Qué tipo de ayuda? –Interrogó Elia- ¿Algo al estilo: Manual de uso de tecnología avanzada apto sólo para seres verdaderamente inteligentes. No dejar al alcance de presidentes de ninguna nación?

-Me gusta tu buen humor, y eso confirma mi elección. Como todo en la vida, hay que preparar la llegada del nuevo conocimiento y eso se hace a través de los relatos y los cuentos.

-No entiendo. ¿Qué tienen que ver aquí los relatos y cuentos?

-Los buenos relatos poseen un poder inimaginable, revelador, transformador. Te hacen vivir historias sin salir de tu entorno, te hacen sentir empatía por el extraño. Te acercan a ideas nuevas, extrañas, visiones peligrosas. En el fondo te enseñan a crecer sin peligro, a hacer equilibrios con red, con el riesgo mínimo -o no tan mínimo- de abrirte la mente y mirar al cielo y darte cuenta de que estás en el redil y que quieres -necesitas- salir fuera y conocer qué hay más allá. Y ahí entras tú.

-¿Eh? ¿Yo? Sólo soy una enfermera...

-Eres más que eso. Lo sabes cada vez que nos cuentas una historia, cuando ves encantada cómo le brillan los ojos a Olaf esperando el siguiente párrafo de tus cuentos. Incluso afectas al gruñón de Roberto, mostrándole un lado que se niega a reconocer por su “supuesta” virilidad, haciéndole sentirse extraño en tierra extraña, él que se muestra tan seguro de todo. Y eso no le gusta, por eso reacciona así. Yo también te escucho y, mientras hablas, estoy haciendo pruebas de tus posibilidades, evaluándote como...

- Como en un examen.

-Como en un examen, efectivamente, pero uno muy especial en el que tienes libertad para elegir tus propias preguntas y respuestas.

- Pues, he de confesarte que se me daban mal los exámenes, Úrsula. Siempre me quedaba a las puertas de las buenas notas o incluso del aprobado. Por eso nunca he podido aspirar a un trabajo mejor.

-Tal vez fuera porque seguías una zanahoria que realmente no querías, como les pasa a muchos en este planeta. La mayoría empiezan a correr tras una quimera que les imponen nada más nacer, sin tener tiempo a pensar, a reflexionar, a saber quiénes son, qué les apetece. Solo existe para ellos la carrera y la siguiente meta, y la siguiente... de un recorrido sin fin. Al final se olvidan de lo que quieren -necesitan, aman- realmente, y eso les hace infelices, porque se han perdido por el camino y no saben volver al principio. Pero tú notas en tu interior qué es lo que te hace feliz, lo que te hace vivir y disfrutar. ¿A que sí?

Elia miró a los ojos de Úrsula. Era increíble lo bien que esa afable mujer la conocía. Más que ella misma.

-Elia, tu puedes ser también parte de esta misión. Con tus cuentos y relatos puedes ir preparando a la humanidad, sugiriéndoles rutas a seguir, realidades a vivir, faros en la oscuridad para que no se pierdan en la alienación diaria. Muéstrales que hay esperanza contra todo pronóstico y que luego decidan qué hacer. Si después caen al abismo o llegan al Olimpo, será decisión suya. Pero al menos que tengan opciones, que no todo sea una predestinada senda al matadero.

-Serías genial en un manual de autoayuda. Hasta me lo he creído. ¿Qué tendría que hacer primero? ¿Por dónde empezar?

-Eso te lo tienes que marcar tú. Por cierto, como veo que has aceptado unirse a nuestra causa, es tradición hacer un regalo de buena voluntad de bienvenida.

Todo se volvió negro y el vértigo volvió.

-¡Elia! ¡Elia! ¿Qué te pasa? –gritó Lucas, un enfermero de barba poblada, mientras la zarandeaba– ¡Vamos, mujer, despierta! ¡Tenemos un problema!

Elia se despejó como saliendo de un trance. Entonces vio a Úrsula y las alarmas de la máquina. Estaba en parada.

-¡Hay que llamar al doctor Esteban! –chilló el enfermero saliendo a toda prisa por la puerta de la habitación. Elia corrió a coger la mano de Úrsula. Estaba fría pero la cara de la anciana tenía una expresión tranquila, placentera.

El doctor Esteban, ayudado por el resto del personal, hizo todo lo que pudo; pero el corazón de Úrsula no reaccionó. Elia se sintió sola, vacía.

Fuera de la habitación se habían reunido otros residentes. Olaf tenía una mirada desangelada y el señor Roberto se tapaba la cara con una mano artrítica. “Debe de haber algo en el ambiente. Se me ha metido algo en el ojo” se disculpaba.

Mientras preparaban el cuerpo de Úrsula, Elia estaba llena de dudas. ¿Habría sido todo una alucinación por falta de sueño? Aun así sentía que era verdad, independientemente de que hubiera sucedido o no. Tenía una visión, un cometido, una verdadera zanahoria que seguir.

Cuando sacaban el cuerpo de la anciana, Elia se fijó en las gafas de gruesos cristales que estaban encima de la mesilla y sintió una tenue atracción hacia ellas, un deseo de cogerlas. Las tomó en su mano y abrió las patillas. Un pensamiento repentino se instaló en su mente y sintió la necesidad de ponérselas. Y entonces, ya no hubo

marcha atrás. Una sonrisa de niña se le dibujó en la cara. Estaba viendo con los ojos de Úrsula, y lo que veía le hizo sentir un escalofrío de placer que atravesó su columna. Todo alrededor suyo estaba lleno de imágenes tridimensionales, escritos en un extraño lenguaje, fotos de ella misma contando cuentos, imágenes de mundos extraterrestres. Un punto rojo llamó su atención y al intentar alcanzarlo con la mano el punto se acercó y se abrió mostrando a la Úrsula joven que había conocido. Elia se sintió animada cuando la visión comenzó a hablar.

-Esta es mi despedida. No llores, mi niña, porque he vivido una vida buena, plena de experiencias y afectos. Ahora tengo que partir, otros mundos me esperan, pero he dejado mi mensaje en éste. Todo está escrito en el aire. Toda la historia de los Kroecaw, de los otros mundos que ya he visitado, de éste. Algunas cosas no las entenderás, pero no te preocupes, el tiempo trae la sabiduría al que sabe esperar y tiene la mente abierta. Tal vez, cuando tu mundo esté preparado, estos conocimientos os sirvan para llegar al ideal al que aspiramos todos. Espero que sea así con todo mi corazón. Ya he visto otras civilizaciones que acabaron destruyéndose. A pesar de todo, rescaté su historia. Todo tiene su valor, hasta el aprender cómo no hacer las cosas. Mira lo que hay aquí, saca retazos, compártelo con los demás, hazles creer que solo es ficción, llena su ser de preguntas. Cuando llegue el momento, ya sabrán la verdad. Un último consejo: Prepárate a luchar, porque es una tarea ardua, pero merece la pena; aunque la gente te vea como una loca que quiere contar historias de mundos irreales y que hace castillos en el aire. Ah, casi se me olvida: tu regalo. Es ese que se ve en una esquina de la habitación. Ese con las dos estrellas brillando. Espero haber acertado. Hasta siempre, mi buena Elia. Disfruta de esta gran vida.

Elia notó como una lágrima recorría su mejilla, pero esta vez de felicidad, de esas pocas que casi nunca derramamos y que deberíamos dejar fluir más. Se acercó a las

dos estrellas que brillaban y al tocarlas se abrió una hendidura en la realidad con pequeños destellos como el polvo de hadas. Miró en su interior y un mensaje se escribió en el aire con signos plateados. El lenguaje extraño empezó a hacerse comprensible y Elia soltó un callado “gracias” cuando supo lo que era: Una cura para la dolencia de su padre, un remedio que no era de este mundo.